

dad famosa que los tiranos querían aniquilar. París será siempre el terror de los enemigos de la libertad; y sus secciones, en los grandes días, cuando el pueblo se reuna en masa, harán siempre desaparecer esos miserables fuldenses, esos cobardes moderados cuyo triunfo sólo es de un momento.»

Esta elocuente digresión de Danton, acompañada de unánimes aclamaciones, terminó la sesión, dejando indeciso el éxito de la jornada. «¿De qué me sirven vuestras quejas?—dijo Danton, saliendo de las Tullerías, á los grupos que le cercaban.—Sólo veo á los enemigos. ¡Marchemos juntos contra los enemigos de la patria!»

Aquella noche, Hebert fué conducido en triunfo desde la cárcel á la casa municipal, donde recibió una corona de laurel de manos de Chaumette. Se pidió que en expiación del cautiverio de Hebert, la comisión de los Doce fuese llevada ante el tribunal revolucionario. Hebert, quitando la corona de su frente, fué á depositarla en el busto de Rousseau, el primer apóstol de la libertad. Los artífices de la revolución rendían siempre culto al primer pensamiento de su obra en el autor del *Contrato social*, que tantas veces hubiera dejado de reconocer semejantes discípulos. La sesión del día siguiente en la Convención fué tranquila; calma engañosa que con frecuencia precede de cerca á las tempestades, así en los movimientos del pueblo como en los fenómenos atmosféricos.

La sesión del club de los Jacobinos del 30 fué el preludio de las tormentas del día siguiente. Mientras el comité insurreccional del Arzobispado concertaba el movimiento, Legendre y Robespierre en los Jacobinos, Marat y Danton en los Franciscanos, sostenían la efervescencia de la opinión. «Me siento incapaz—dijo Robespierre—de prescribir al pueblo los medios de salvarse, porque esto no es dado hacerlo á un solo hombre; esto no lo puedo hacer yo, fatigado por cuatro años de revolución y por el espectáculo desgarrador del triunfo de la tiranía. No me es dado á mí indicar esas medidas, á mí, que estoy consumido por una fiebre lenta, y especialmente por la fiebre del patriotismo.» Esta aparente resignación del patriotismo impotente abandonado por sí mismo, era la incitación más hábil á la energía desesperada del pueblo. «No, no,—le respondió uno de los más exaltados jacobinos,—nunca creará la posteridad que veinticinco millones de hombres hayan podido dejarse subyugar por un puñado de intrigantes, ó no verá en nosotros más que veinticinco millones de cobardes. Digo que mañana es preciso que se estremezca el bronce, que retumbe el cañon, y que todos los que no se levanten contra el enemigo comun sean declarados traidores á la patria. Cuando resuene el bronce alentaré esta armonía á los cobardes, que se alzarán con nosotros, y exterminaremos á nuestros enemigos.»

### III

Circulaban por todo París las medidas insurreccionales del comité central del Arzobispado. El Consejo municipal, reunido en sesión permanente en el ayuntamiento, comenzaba á hablar como dueño y á amenazar á la Convención. Las secciones, tumultuosamente reunidas, se agitaban en deliberaciones contradictorias, según que la ausencia ó presencia de sus individuos daba ó quitaba la mayoría á uno ú otro de los dos partidos. Las noticias siniestras que llegaban una tras otra

de la Vendée, de las fronteras y del Mediodía, esparcían el terror en el alma del pueblo, disponiéndole á tomar un partido desesperado. Desastres en el ejército de los Pirineos, la retirada más semejante á una derrota del ejército del Norte, Valenciennes y Cambrai bloqueadas sin poder ser socorridas, y contando día por día la duración de una resistencia que se creía imposible; las tropas republicanas derrotadas en Fontenay por las fuerzas realistas de Lescure, Marsella en efervescencia,



Hebert llevado en triunfo á la casa de la ciudad.—Pág. 484.

Burdeos exasperado, Lyon dejando escapar las primeras chispas de la insurrección que se abrigaba en sus muros; todas estas calamidades á la vez cayendo sobre la república, desgarrada entonces mismo en la Convención, exasperaban los ánimos contra los hombres ó débiles ó pérfidos que gobernaban desgraciadamente la patria.

El pueblo, no sabiendo á quién echar la culpa, achacaba á los girondinos todas las calamidades del momento. Estos, para resistir al torrente de impopularidad dirigido contra ellos, no tenían más que la fuerza abstracta de la ley. Las bayonetas y picas de la guardia nacional flotaban al acaso, á merced de la versatilidad de las secciones. Entre oradores intrépidos por una parte que apelaban á departamen-

tos muy apartados para oírles, y por otra todo un pueblo armado, sublevado por motores ocultos y dirigido por los jacobinos organizados, el triunfo no podía ser dudoso. Confiados al principio los girondinos en la legalidad de su causa y en el favor que les prestaba la clase mejor acomodada de París, comenzaban al fin á prevenir su ruina, preparando para ella sus almas, ménos como políticos que como mártires. Sin embargo, aún se complacían en prometerse que recobrarían su fortuna en los últimos momentos. Provocaban de los departamentos manifiestos sobre manifiestos para poner sus cabezas bajo la responsabilidad de París. Creían que si los moderados de la Convencion eran demasiado tímidos para arrostrar con ellos el poder de la municipalidad y destruir la anarquía, tenían también el suficiente apego á su seguridad para no abandonarse á sí propios, entregando las cabezas de veintidos de sus colegas al ostracismo ó al patíbulo de Marat. Se negaban á creer que los hombres honrados de las secciones empleasen nunca contra la Representacion nacional las bayonetas que llevaban para defenderla.

Tan monstruosa les parecía semejante violacion, que la consideraban como imposible, y la venganza de los departamentos era para ellos tan segura é inminente, que intimidaría á los mismos asesinos. Unidos en ideas y peligros con aquellos numerosos miembros de la Llanura que se sentaban entre ellos y la Montaña, contaban con secreta seguridad con aquellos trescientos votos, que en todas las ocasiones decisivas les habian dado la mayoría. Creían en el derecho, en la sensatez, en el interes bien comprendido, en el valor de las asambleas. Olvidaban la envidia, el temor, la facilidad en dejarse arrastrar, los tímidos pretextos con que los débiles excusan su cobardía ante un peligro que creen conjurar entregando víctimas. Difundían estas ideas vacilantes, unas veces confiados, otras desalentados, en las diferentes reuniones nocturnas que tenían despues de las sesiones de noche. Buzot, Louvet, Barbaroux, Isnard y Rebecqui subían uno por uno, ocultándose á las miradas del pueblo, por la escalera de la casa de Roland, situada en el fondo de un patio de la calle de Laharpe. Allí vituperaban aquellos intrépidos jóvenes la lentitud y vacilacion de la comision de los Doce, que segun ellos hubiera debido precaver los ataques de la tribuna, arrastrar y comprometer á la Convencion desde la primera noche á entregar á Marat, Pache, Danton y Robespierre al tribunal revolucionario, ó llamar las fuerzas de los departamentos á París, reorganizar las secciones y cerrar los clubs, de donde salían la anarquía, el crimen y el miedo.

Roland, humillado por su caída y deseando tener la gloria de asegurar la república vacilante, desplegaba aquella aterradora energía de palabras que nada cuesta á los brazos desarmados. Madama Roland, unas veces por el interes apasionado que experimentaba su corazón hacia sus amigos, y otras por el temple varonil de su carácter, alentaba y enternecía alternativamente aquellas conversaciones. Buzot adoraba en ella la imágen y la voz de la patria; Barbaroux la escuchaba con el respeto y entusiasmo propios de su edad. Dispuestos estaban á morir, pero querían morir combatiendo.

Vergniaud, Condorcet, Sieyes, Fonfrede, Ducos, Guadet y Gensonné se reunían con más frecuencia en la calle de San Lázaro ó en Clichy, tan pronto en casa de una mujer apasionada de uno de ellos, como en la del joven Fonfrede. Eran los políticos del partido. Sieyes les aconsejaba actos de vigor, cuya responsabilidad no

quería tomar en su solo nombre. Hombre de energía, pero no de ejecucion, Condorcet se irritaba del aborto de sus ideales teorías, y se consagraba á la muerte para no abandonar sus ideas sino con su sangre. Fonfrede y Ducos, montañeses en cuanto á ideas, pertenecían á las filas de los girondinos por su odio contra Robespierre, y mucho más por lazos de amistad entre colegas, más poderosos que los de opinion entre hombres de corazón que se han jurado fidelidad. Ducos y Fonfrede se inclinaban á no reconocer la comision de los Doce, cuyas imprudentes provocaciones habian vituperado.

Guadet, lleno de ardor, de elocuencia y de intrepidez, arrastrado él mismo por el torrente de su entusiasmo y fiando en el poder de sus arranques sobre la Convencion, no quería otro plan que lo imprevisto, otra táctica que la improvisacion, ni otras armas que su palabra, hallándose tan dispuesto á vencer como á morir, con tal que fuese en un brillante movimiento de tribuna.

Más reflexivo y ejercitado en las medidas de gobierno, Gensonné quería pedir á las bayonetas de las secciones una proteccion y un triunfo que ya no hallaba para la Constitucion en las oscilaciones de una mayoría vacilante.

Vergniaud, la fuerza, la gloria y la última popularidad de su partido, se veía solicitado por todos para que tomase la direccion suprema de aquella lucha, preparase sus pensamientos, sus sentimientos y sus palabras, únicas que podían contrapesar la grandeza del peligro; querían que subiese á la tribuna, dejase desahogar su alma indignada ante su patria, anonadase la conspiracion bajo la ley, y que volviese á los buenos ciudadanos el ánimo que su silencio dejaba extinguir en todos los corazones. Vergniaud escuchaba irresoluto y sin contestar las interpelaciones de sus amigos. Demasiado previsora para dejar de comprender la extremidad del peligro, demasiado valiente para temer la muerte, era también demasiado político y muy profundamente versado en la historia para que en él causaran ilusion los diferentes planes que le proponían. Tenía Vergniaud repugnancia en tomar la responsabilidad de la derrota y ruina de su partido, que ya le parecía consumada. Mirando en torno suyo, no veía ninguna fuerza real en que la república, tal como él la habia concebido, pudiese apoyarse para resistir á la anarquía. El considerable alcance de su vista no le mostraba más que abismos donde los otros creían ver recursos. Su mismo genio le desalentaba, porque sólo servía para hacerle creer ver recursos. En las crisis desesperadas, los límites de la inteligencia son una felicidad para las medianías, pues no les privan de su fogosidad, dejándoles la ilusion; pero Vergniaud carecía ya de una y otra, conservando, sin embargo, aquella impasibilidad estoica que no necesita incentivos ni ilusiones, que ve acercarse sin palidecer el momento supremo, y que al combatir sin esperanza acepta la derrota, así como los hombres aceptan el martirio con toda la sangre fría y todo el heroísmo de la voluntad.

Muy pocas veces habian arrastrado á Vergniaud los extravíos de su partido. Con la vista fija en Europa, conocía el grande orador, tan profundamente como Danton, la necesidad de fortificar la unidad de la república para resistir á la desmembracion de la patria; lastimábase el federalismo desesperado de Barbaroux, Louvet y madama Roland. Nunca se habia servido del *federalismo* en sus discursos sino como un argumento desesperado propio para hacer estremecer á la mis-

ma anarquía. Conocía que los enemigos más encarnizados de Francia no podían concebir contra ella cosa más funesta que aquella desmembración voluntaria meditada por algunos insensatos. Lo que temía para su patria en la lucha que se había empeñado contra la municipalidad, no tanto era la proscripción y la muerte de sus amigos y la suya propia, como la insurrección y dislocación de los departamentos que debía seguir al desquiciamiento de la Representación. El patriotismo ahogaba del todo el espíritu de partido en el alma de Vergniaud. Su palabra participaba de aquel ardor por el fuego de este mismo patriotismo.

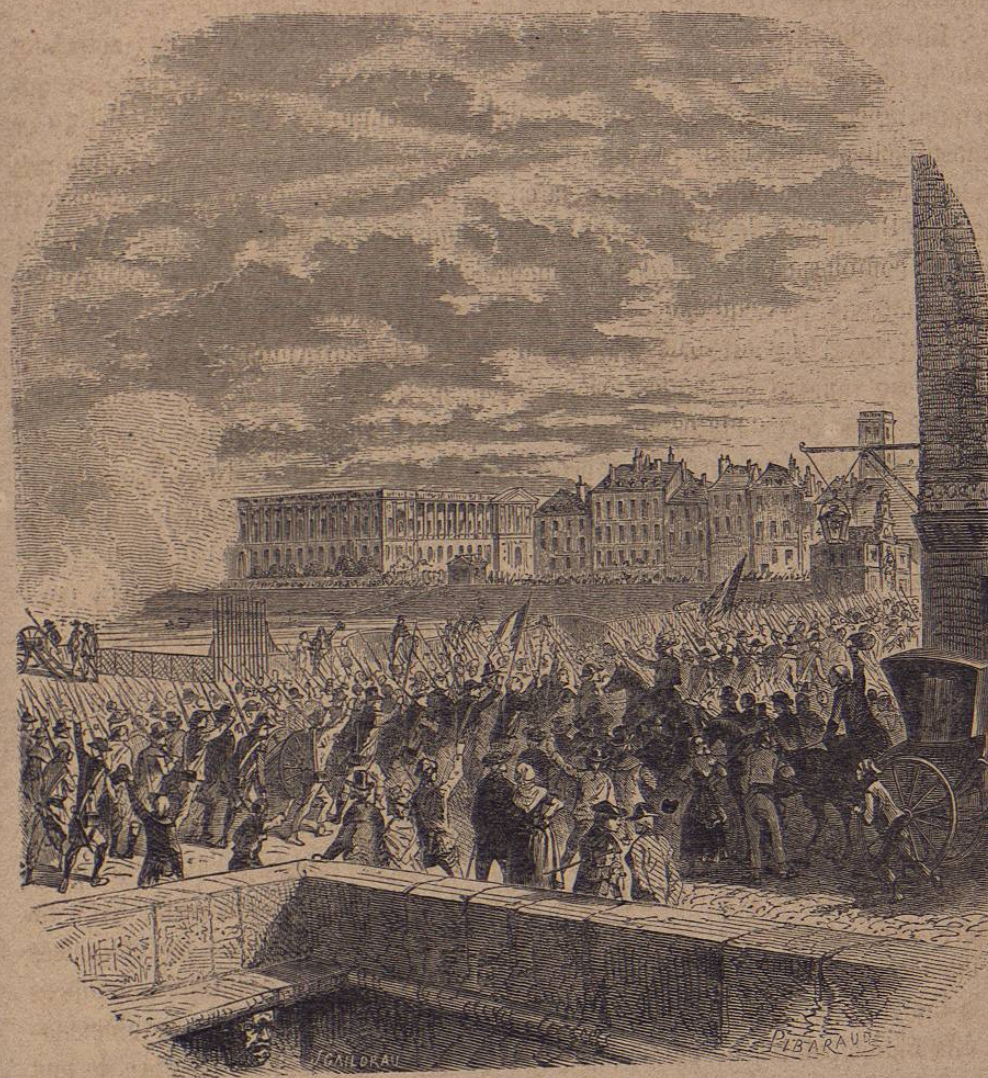
En medio de esta indecisión, Vergniaud, como todos los hombres colocados ante lo imposible, no pedía al destino, á sus amigos y á sus enemigos más que tiempo, al cual había sacrificado aceptando la república al día siguiente del 10 de Agosto, cuando la víspera creía aún en la necesidad transitoria de una monarquía constitucional, y también cuando contra su conciencia votó la muerte de Luis XVI. Estas dos concesiones habían contenido el peligro, pero del mismo modo que contiene el dique las aguas, acumulando y agravando su peso. Vergniaud quería tenerlo todavía, y cediendo el gobierno á la Montaña, disputar la anarquía al pueblo y precaver la ruptura de París con los departamentos. Sin ambición por sí mismo, sin vanidad siquiera por su nombre, nada le costaba entregar el poder á sus rivales. Se reconocía por la naturaleza superior á los que le dominasen por la política. Su poder era su genio, y no se lo podían arrebatarse. Cediendo el poder no creía ceder nada, ni aún la gloria, porque la gloria del sacrificio era á sus ojos mayor que la de la dominación.

Vergniaud se inclinaba por lo tanto hacia las medidas de transacción, y Danton, que tenía las mismas miras, mantenía de buena fe estas disposiciones conciliadoras de Vergniaud por medio de amigos comunes.

## IV

Robespierre y Pache, seguros ya de la victoria, se dedicaban de antemano á reducir la insurrección al carácter de una demostración irresistible de la voluntad del pueblo. Querían gravitar sobre la Convención, mas no destruirla. Nada de sangre, nada de víctimas; tal era la nueva contraseña que Pache y sus cómplices hacían circular. Suprimir la comisión de los Doce, expulsar veintidos miembros de la Convención, dar la mayoría á la Montaña, entregar el gobierno revolucionario á la municipalidad de París, establecer un terror legal bajo el nombre de una Representación nacional intimidada y avasallada: á esto se limitaban los resultados de los sucesos preparados por los conspiradores. Una violencia material, sangre derramada, cabezas entregadas al pueblo, hubieran dado á los departamentos demasiados pretextos de insurrección y demasiados motivos de venganza. Temíase en aquel momento la extraordinaria fermentación del Mediodía, la guerra del Oeste, las agitaciones de Lyon. El rompimiento de la Convención podía ser la señal del repentino desquiciamiento de Francia. Era preciso encubrir la tiranía con la máscara de moderación y respeto hacia los departamentos; era menester ocultar, aún á los ciudadanos armados de las secciones, el carácter del atentado que iban á hacerles cometer. Robespierre, Danton, Pache, el mismo Marat, convinieron al fin en estas ideas de prudencia. Henriot recibió la orden de disciplinar la insurrección

y confundir de tal manera en sus medidas las órdenes de la Convención y las de la municipalidad, que la rebelión tuviese el carácter de legalidad, y que las fuerzas dirigidas á las Tullerías no pudiesen saber si iban á libertar ú oprimir á la Convención. Este carácter hipócrita y equívoco de las jornadas del 31 de Mayo y 2 de Junio se debió todo al genio artificioso de Pache, quien inspiró su política al ayuntamiento, sosteniendo mejor que lo había hecho Petion el 10 de Agosto el doble papel de provocador y contemporizador del movimiento.



Desfile de las secciones por el Puente Nuevo.—Pág. 491.

Estas ideas, conocidas de los girondinos, les hicieron creer que la sesión del día 31 se limitaría á una violenta lucha de mayoría, en la cual no tomaría el pueblo parte sino con su curiosidad y sus gritos en favor de la Montaña, pero que la menor concesión por su parte apaciguaria, como había sucedido en los precedentes días. Las noticias que les daban eran distintas, según los barrios y clubs de donde se las llevaban.

La sesión del 30, corta y sin discusión, no fué notable sino por una diputación de veintisiete secciones de París que pedían la destitución de la comisión de los Doce y la prisión de sus miembros. Un joven patriota, exaltado por la edad y

las circunstancias, orador de la diputacion, intimó con violentas palabras los deseos del pueblo. «No haré un largo discurso,—dijo.—Los espartanos se expresaban en pocas palabras, pero sabian morir. Nosotros los parisienses, colocados en las Termópilas de la república, sabremos morir en ellas, y tendremos vengadores.» La Convencion, poco numerosa y cuyos asientos del centro estaban desocupados, votó la impresion de esta peticion. Esta resignacion iba acostumbrando por momentos á la municipalidad á ser más audaz, y á la Representacion nacional á ser más paciente.

## V

El Consejo general de la municipalidad se reunió por la noche, y se hizo el centro activo de la insurreccion, quedando Paris dividido desde aquel momento en dos campos, uno que comprendia en su recinto las Tullerías, el Carrousel, el Palacio Real, todos los barrios opulentos ó comerciantes de la ciudad, cuyos batallones, compuestos de ciudadanos amigos del orden, estaban aún por los girondinos, y otro que, extendiéndose desde la casa de ayuntamiento hasta la extremidad de los dos grandes arrabales de San Marcelo y de San Antonio, era adicto á los jacobinos. Todas las grandes jornadas habian tenido su foco en aquella region popular y poblada de la capital. Podian clasificarse geográficamente las opiniones del pueblo. Desde los Campos Eliseos á la altura del Puente Nuevo se extendia la ciudad constitucional; desde éste á la Bastilla, la revolucionaria. Las Tullerías eran el centro de la primera, y la casa municipal el de la otra. Eran dos pueblos, y á veces dos ejércitos, el uno queriendo siempre avanzar aunque fuera en la anarquía, el otro detenerse aunque fuera en lo provisional y en la inconsecuencia. La indigencia, inquieta, sediciosa, pero desinteresada por su naturaleza, es el arma ofensiva de las revoluciones. La riqueza, egoista y estacional, es el arma defensiva de las instituciones. Las opiniones de la generalidad de los hombres se calculan sobre el término medio de su fortuna. El pueblo es el ejército de las ideas nuevas, al paso que los ricos constituyen el de los gobiernos. Al uno le recluta la esperanza; al otro, el miedo. Tales eran los dos Paris que se hallaban frente á frente, el uno sublevado por los montañeses, el otro temblando con los moderados.

Pache, Chaumette, Hebert, Sergent y Panis afectaron conservar durante aquella noche en sus actos y palabras en la municipalidad las apariencias de la legalidad. Sabiendo Pache que el club del Arzobispado tomaba resoluciones excesivas, se presentó en él, aconsejando á los sediciosos que se moderasen y esperasen. Volvió al Consejo á anunciar á sus colegas que sus recomendaciones habian sido impotentes contra la irritacion del pueblo, y que el comité acababa de declararse en insurreccion y de mandar cerrar las barreras y prender á los sospechosos. No bien hubo acabado Pache de hablar, cuando se oyó el toque de rebato en las torres de la catedral.

Eran las tres de la mañana. Aquellos sonidos siniestros, propagándose rápidamente de campanario en campanario, despiertan con sobresalto á los ciudadanos de Paris, enardeciendo á los unos y aterrorizando á los otros. Desde el 14 de Julio habia sido el toque á rebato el paso de carga de las grandes sediciones populares. En medio del tumulto que aquel ruido excita en la casa municipal y en la plaza de Greve, un jóven llamado Dobsent, orador del comité del Arzobispado, entra

en el salon del ayuntamiento á la cabeza de una diputacion de la mayoría de las secciones. Dobsent declara en nombre del pueblo soberano, representado por las secciones, que, herido en sus derechos, acababa de tomar medidas extremas para salvarse á sí mismo, y que la municipalidad y demas autoridades departamentales quedaban destituidas. Al oír esto, Chaumette intima á sus colegas que abduquen su poder entre las manos del pueblo. Todos los miembros se levantan, dimiten sus cargos, juran no separarse de la nacion, y se retiran gritando *Viva la república!*

Dobsent crea en aquel mismo instante un nuevo Consejo, compuesto en su mayoría de los antiguos miembros, reponiendo en sus funciones, en nombre de la insurreccion, á Pache, Chaumette y Hebert. El Consejo, sin embargo, mudó su título en otro más significativo, declarándose Consejo general revolucionario de la municipalidad de Paris. Ordena á Henriot que mande disparar cañonazos de alarma, tocar á rebato en la casa municipal, y enviar refuerzos á las guardias de las cárceles para precaver la evasion ó matanza de los presos. Los gendarmes y guardias nacionales de la guardia de la plaza de Greve desfilan de nuevo, prestando juramento al poder insurreccional. De cuarto en cuarto de hora vienen á adherirse al movimiento y fraternizar con la insurreccion repetidas diputaciones de las secciones y batallones.

Amanece, y la ciudad entera se halla en pié. El corregidor Pache, dictador de una noche, se dirige á la Convencion para dar cuenta de la situacion de Paris. Algunos miembros del Consejo le acompañan, para interponerse en caso de necesidad entre el puñal y el corregidor. Una inmensa columna del pueblo le sigue hasta el Carrousel, formándole una escolta popular. Henriot recorre á caballo las secciones, hace marchar los batallones y forma las tropas en masa en derredor de las Tullerías, en el Puente Nuevo y en el Carrousel. Henriot asocia, como Pache, á la insurreccion la fuerza pública, destinada al parecer á fomentarla y á contenerla á un tiempo mismo. Para herir la imaginacion del pueblo é intimidar á las secciones inmediatas á las Tullerías, hace trasladar al Carrousel, frente á la puerta de la Convencion, hornillos de hierro en que las artilleros enrojecen las balas, como si la tiranía y los suizos estuviesen aún atrincherados en aquel palacio. De minuto en minuto suena el cañon de alarma en el Puente Nuevo. Los batallones, inciertos de si venian á sitiar ó defender la Convencion, ocupan los puestos que se les asignan, acostumbrados ya á seguir más bien que á comprimir los caprichos de la multitud.

## VI

Tal era el aspecto de Paris en la madrugada del día 31 de Mayo. El cielo estaba sombrío, el viento glacial irritaba la fibra de los hombres, predisponiéndolos á la cólera. Los guardias nacionales tiritaban bajo sus fornituras. El insomnio, el frio, el toque á rebato, el estampido de los cañonazos de alarma, la impaciencia del éxito, la duda, el asombro, la incertidumbre, daban á las fisonomías del pueblo y de los soldados cierto aspecto atónico y siniestro que se pinta en el rostro del vulgo, como en el de un criminal, la víspera ó el día siguiente de los grandes atentados.

Los diputados amenazados, temiendo las emboscadas de aquella noche, no se